

En medio del bosque siempre hay un árbol distin-
 guido, alguno que majestuoso se eleva sobre todos,
 que tiene más enhiesto su tronco y más hermoso y es-
 peso su follaje: parece que todos los demás lo veneran
 y lo sustentan á costo de su savia; su gran potencia ro-
 ba mayor suma de jugos á la tierra y al medio am-
 biente.

En medio de la manada siempre se distingue entre
 las bestias que la constituye un individuo más hermo-
 so, que arrogante se destaca entre todos.

Entre los animales domésticos siempre habrá alguno
 que se destaque por su grande instinto, que tocará á los
 linderos donde comienza la inteligencia.

El gobierno providencial en la naturaleza.
 A mi distinguido amigo y hermano en ideas
 el Sr. Ingeniero
 D. FRANCISCO SOSA Y AVILA.

GOBIERNO PROVIDENCIAL EN LA NATURALEZA.
 A MI DISTINGUIDO AMIGO Y HERMANO EN IDEAS
 EL SR. INGENIERO
 D. FRANCISCO SOSA Y AVILA.

A la invasión de las pasiones en el corazón
 del hombre corresponde en la tierra la in-
 vasión de las aguas. El hombre vomita de sus
 entrañas el fuego que encienden la lascivia
 y la iniquidad; y la tierra arroja de las suyas,
 por sus formidables bocas, torbellinos inmen-
 sos de humo y materias derretidas, que aso-
 lan fertilísimos países.
 ("Roma y el Evangelio. Comunicación de
 Juan.")

En medio del bosque siempre hay un árbol distin-
 guido, alguno que majestuoso se eleva sobre todos,
 que tiene más enhiesto su tronco y más hermoso y es-
 peso su follaje: parece que todos los demás lo veneran
 y lo sustentan á costo de su savia; su gran potencia ro-
 ba mayor suma de jugos á la tierra y al medio am-
 biente.

En medio de la manada siempre se distingue entre
 las bestias que la constituye un individuo más hermo-
 so, que arrogante se destaca entre todos.

Entre los animales domésticos siempre habrá alguno
 que se destaque por su grande instinto, que tocará á los
 linderos donde comienza la inteligencia.

Finalmente; entre los hombres, en cada una de las grandes épocas del desarrollo humano, se alza un hombre entre todos que, cual un Sócrates, un Jesús, un Platón, un Aristóteles, un Copérnico, un Kepler, un Galileo, un Cuvier, un Laplace, se distinguen majestuosos, por su prepotente humanización.

Parece que en todo esto hay una aristocracia de la Naturaleza, una distinción punible análoga á la que se atribuye al dogma místico de la *gracia divina*; pero voy á demostrar lo contrario; voy á defender los fueros de la Naturaleza ante el tribunal de la más completa y satisfactoria justicia; voy á demostrar cómo esa exuberancia prepotente que los individuos organizados manifiestan en ocasiones, y que los hace aparecer, ó seres privilegiados, ó ladrones ambiciosos que roban mayores elementos de vida á la Naturaleza, para su egoísta y vanidosa satisfacción, no son otra cosa que condensadores de potencia inteligente, que en razón directa de un primitivo grado superior, se atraen á sí poderosa acumulación de energía intelectual, que la absorben con avidez, para devolverla en radiaciones infinitas á los seres, que, creyéndose víctimas despojadas de su capital, se les devuelve éste con réditos acumulados, que constituyen capital igual al que queda en poder del condensador primitivo.

Cuando el apóstol de amor y de sabiduría, con esforzado y titánico impulso, en gigante lucha, pugna por difundir sus enseñanzas, el monstruo de la ignorancia, rebelde y cruel, paga con ingratitud, con envidia y con tormentos, los beneficios que se le quieren tributar: odia al manumisor que le quiere libertar de sus cade-

nas; odia al guía que le quiere sacar de intrincada selva, y envidia la luz que irradia en la frente del apóstol, — ¡cuando éste no la quiere para sí, y antes bien anhela hacerla brillar en la frente de su hermano! —

La acumulación de vida intelectual que en su ser lleva el espíritu elevado, es una carga eléctrica que le abrasa, que amenaza estallar en su cráneo. Reconoce que hay un desequilibrio de fuerzas, que él lleva el caudal de sus hermanos y que es forzoso repartírselos; pero ellos, ciegos de envidia y de orgullo, no lo quieren recibir: contrastan la pavora de su ser, con la aureola radiante del genio, y al hacer tal contraste, se entristecen del bien ajeno, que insensatos no quieren hacerlo bien propio: envidian la aureola del apóstol y no quieren hacerla surgir de sus caóticos cráneos.

Pero en tanto, el apóstol no cesa en su noble propósito, y les dice: ¿Es necesario mi martirio para que vuestra perfección se haga? ¡Bien! Pues que el martirio se cumpla: inmoladme; soy vuestra víctima!

La víctima es, pues, inmolada en aras de la imperfección. Desaparece el objeto de la vil envidia, pero entonces sus verdugos advierten que con la extinción del carnal cuerpo, no se ha podido aniquilar la radiante luz del espíritu que le animara: es que éste, después de la muerte, persiste en su noble tarea; no abandona el campo de la lucha, tiene un caudal que habrá de repartir, y pugna por hacérselos recibir á quienes ignorantes y orgullosos lo desprecian.

Trabaja en lo invisible: astro esplendoroso cuya luz propia irradia y al incidir en el cerebro de sus hermanos, los conmueve y les arranca vibraciones del subli-

me verbo; cual rayo luminoso que, siendo interceptado por cuerpo tallado en lámina, convierte su energía vibratoria en ritmo sonoro.

Durante su vida *bicorpórea*, el apóstol prepara al elemento humano; pudiera decirse que ejerce sobre él la acción plutoniana que funde al selenio para que más tarde pueda ser conductor de las inducciones eléctricas que en el medio luminoso se le comuniquen.

Por fin; el genio, tenaz en su noble empeño, realiza su propósito, la victoria teje sus coronas, el triunfo es alcanzado, la humanidad llega á recibir la generosa oferta: la verdad galiléica toma asiento en la conciencia pública, es ya patrimonio de todos, aun del mismo *monígote* que en el jurado de estúpida superstición, hambriento de sangre, con mirada torva, codiciaba la presa del ilustre, venerable astrónomo.

El óbolo que cada generación dió al apóstol, éste lo convirtió en capital magnífico, y por cada elemento aislado que recibiera, devuelve á todos rico caudal sintético.

En todo asiste la ley de compensación: las muchedumbres no alcanzan, es cierto, la gloria que conquista el egregio maestro; pero en cambio llegan al reconocimiento de la verdad, sin sentir el punzante aguijón del odio; sin experimentar los efectos de negra, odiosa ingratitud, y sin ser torturados por los horrendos martirios que en su noble afán concitase el descubridor primero.

Queda, pues, demostrado cómo no hay aristocrática injusticia en las evoluciones naturales; evoluciones que en virtud de la ley de progreso—*derivada de un poder*

innamente que en sí lleva el germen de la inteligencia en toda su absoluta síntesis—no emprenden su acción sin tener por fin engendrar estados siempre más perfectos en el conjunto universal. Estados hay que, en momento transitivo, aparecen, y son de hecho monstruosos; pero esta monstruosidad solo es el preludio de una belleza sublime: desde el bestial y feroz antropomorfo—tras inmensa evolución jerárgica—hasta la bellísima, casta y pudibunda doncella, que posee un espíritu radiante en luz, de amor y de ternura, el cual tiene por vestidura carnal, cuerpo blanquísimo de grata morbidez, de formas maravillosamente torneadas; con semblante seductor, en cuyos ojos, de pupila celestial, destellan fulgores de amor y de sabiduría; con cabeza escultural, envuelta por blonda y delicada cabellera, cual nimbo de dorada luz.

Todo, todo en la Naturaleza sublime muestra el esfuerzo denodado de los elementos que, saliendo del caos, huyen para siempre jamás de las tinieblas, sumergiéndose en cascadas de luz esplendorosa, tendiendo siempre á la compensación, al justo equilibrio, á la integración, á la perfectibilidad. Cada ser, según el momento presente de su desarrollo, cumple un fin con precisión matemática; *lleva el germen de una inteligencia increada, que adivina su destino grandioso y que le hace elevarse, persiguiendo incesante una necesidad, ora inconsciente, ora instintiva, ora inferida racionalmente.*

Estos hechos naturales que hemos estudiado con relación á la exuberancia de vida intelectual que acusan algunos seres prepotentes, nos servirán de premisas conocidas, de datos positivos, para inferir un concepto

importantísimo, que entraña fondo trascendental. Tal es el del *gobierno providencial* del mundo.

En el orden físico, las ciencias naturales han llegado ya á plausibles resultados para estudiar y comprender las leyes que rigen los fenómenos; pero no sucede así tratándose del orden moral. Respecto á este punto podría decirse que, en cuanto á la síntesis orgánica del mundo, se ofrece el propio conflicto que á la medicina presenta el organismo humano. Los médicos organicistas, todo desequilibrio que engendre un estado patológico, lo refieren á fuerzas puramente físicas, á combinaciones químicas; desdeñando estudiar el factor importantísimo de los movimientos psíquicos que, viniendo de lo interno, se reflejan al exterior, engendrando á veces lesiones orgánicas. Los médicos vitalistas, estudian los movimientos físicos, y sin estudiar los psíquicos, admiten la influencia determinante que engendra la acción interna de un principio que, erróneamente, juzgan ser *esencialmente* distinto del medio físico. Este concepto—que para llamarle erróneo tengo en justificación todo lo que he demostrado en mi sistema—es pernicioso en cuanto á que se presta al abrigo de prejuicios místicos: médicos vitalistas hay, á quienes debilita su fe científica la cándida fe dogmática; esperando que por sentencia divina se resuelva, lo que la ciencia debería hacer.

El justo medio aquí lo viene á ofrecer el concepto verdaderamente grandioso de la unidad *esencial* del elemento cósmico; de cuya radical penden estricta y rigurosamente todos los seres, en sus múltiples y varios estados de desarrollo. El *espíritu sustancial*, el ser á que

he llamado *monocorpóreo*, no es extraño á la unidad, como no lo es su cuerpo carnal: uno y otro cuerpo, son elementos que penden de la misma radical, tienen sus afinidades y sus relaciones íntimas, y por tanto, durante la vida práctica, constituyen, en maridaje armónico, al ser *bicorpóreo*. Entonces ya comprendemos por qué ese doble aspecto de los casos patológicos: de la bacteria que viniendo del exterior, inficiona el organismo, alterando sus funciones, lo cual determina sufrimientos para el espíritu, al opuesto caso, en el cual una afección moral, tenaz y concentrada, determina la lesión cardíaca.

Quien con recto criterio, exento de prejuicios, juzgue estas proposiciones conciliantes entre opuestas escuelas, comprenderá cómo el magnetismo y el hipnotismo, constituyen terapéutica especial para los casos patológicos, cuyas causas provienen del espíritu.

Ahora bien, lo que he dicho de médicos, tratándose del organismo humano, se puede decir, por analogía, tratándose de filósofos, con respecto al organismo del mundo.

Los filósofos materialistas—que así llamándose, no saben lo que es materia—estudiando las evoluciones físicas, creen que el Universo es una paradoja, una retorta donde se producen las más chuscas, casuales y extravagantes combinaciones; que la síntesis armónica de amor, poder y sabiduría, que engendran la conciencia en el hombre, es una acumulación de energía que no explican racionalmente, cómo, cuándo y en qué circunstancias se constituye; energía la cual afirman que al romperse el vaso que la contiene torna por retrogra-

dación—tan injustificable como la de supuesta *maravillosa y sobrenatural* aparición—á ser fuerza bruta, inconcreta, simple y primitiva. ¿Y la clave del progreso, dónde está entonces para vosotros, señores materialistas, señores respetuosísimos para reverenciar los fueros de la razón, señores de *espíritu fuerte*, que no es espíritu, ni es fuerte, sino que es la nada según vosotros afirmáis?

Pues bien, estos *eminentes* materialistas, que parece han petrificado su masa encefálica, por más que la existencia de la fuerza pensante y consciente, perfectamente individual y concreta en el hombre, se les manifieste como el producto indiscutiblemente derivado de una elaboración lenta, persistente y progresiva, creen *dogmáticamente*, consandía tenacidad, que la fuerza espiritual es ni más ni menos que cualquiera otra de las múltiples fuerzas que actúan en los elementos subalternos al hombre; sin admitir jerarquías *persistentes* de la unidad, que justifiquen cada una de las del orden superior; y solo admiten tales jerarquías, como accidentes *transitorios y retrogradables*; para ellos, la fuerza intelectual y afectiva que anima al hombre, después del fenómeno de muerte, se torna en fuerza subalterna, que anima á la primitiva larva. Desconociendo por tanto la *radical in-creada y persistente* sobre la cual se funda el desenvolvimiento del espíritu y con él la realidad del mundo moral, no admiten más leyes que las físicas, haciéndose ciegos para no mirar los efectos que producen en la armonía del conjunto, los factores importantes del mundo moral, que niegan en su *real y esencial* existencia.

Los filósofos metafísicos estudian también las leyes

físicas, y aunque los elementos de la ciencia recogidos por la razón los conduce con el P. Secchi á proclamar la correlación, solidaridad, armonía y unidad de las fuerzas universales, también con el P. Secchi se detienen ante el candoroso dogma de *lo divino*, para sacar de su revuelta fantasía un *ente* maravilloso *extraño* á la Naturaleza. Creen que el mundo físico y el moral están regidos por un poder sobrenatural y divino.

Esta creencia es fuente inagotable de supersticiones ridículas, de fanatismos odiosos, de absurdos descomunales que avasallan la mente y que ultrajan los fueros de la razón. Dogmáticamente creen que existe una providencia *divina*, derivada del poder caprichoso que ejerce en el Universo un Emperador Mago.

Si estas creencias de materialistas y de místicos, se examinan á la clara luz de la razón, no ofuscada por hinchada vanidad y orgullo, se encontrará que ni los unos ni los otros se hallan colocados en el justo medio.

Los materialistas, que solo admiten en el Universo fuerzas brutas, niegan en lo absoluto toda intervención providente para la regularización de la vida moral y torturan la lógica para explicar sofisticadamente todas aquellas manifestaciones providenciales que tanto en los tiempos históricos, como en los presentes, se reflejan en los actos de la vida humana.

Los metafísicos místicos, torturan también la lógica con opuestos prejuicios y nos hablan de las *iras divinas*, que fulmina *un ser de paz*; de los *castigos terribles, crueles y bárbaros*, que impone *un padre amoroso y tierno*; de las *perfecciones infinitas*, que posee *un constructor de imperfecciones*, quien se sulfura y se irrita hasta

el salvajismo, cuando contempla su torpeza que le hizo engendrar monstruosidades sin cuento, tornándose impaciente y desesperado, cuando palpa su impotencia para enmendar tantas imperfecciones cuantas surgen de su *absoluto amor*, de su *absoluta sabiduría* y de su *absoluto poder*.

Ahora bien, coloquémonos en el justo medio y entonces se verá cuáles son los prejuicios y los monstruosos errores que entrañan las proposiciones de místicos y de materialistas.

Admitiendo, como los fueros de la razón lo exigen, que *la inteligencia humana es el producto acumulado de energía adquirida por una radical increada, núcleo indestructible de cada individualidad persistente*; admitiendo, también, como la ciencia y la razón lo exigen, que esa radical, núcleo increado del espíritu, proviene de la *unidad esencial absoluta*; admitiendo, igualmente, que esa radical, á efecto de evolución perfeccionadora, se humaniza, pasando: de la nebulosa á la estrella, de ésta, al planeta, de aquí, al mineral, de éste, al vegetal, después al animal, y, finalmente, al hombre.

Admitiendo todo esto, que de una manera racional y científica, se sistematiza y se demuestra en mis proposiciones perfeccionistas, tenemos que venir á estas conclusiones:

La gran síntesis de la inteligencia humana, considerada en toda su *universal existencia*, es y ha sido, en todas las épocas de su desarrollo, energía magna, energía principalísima, no extraña al Universo, y antes bien por el contrario, parte integrante de él mismo, culminante término de la energía cósmica, que en matiz no

interrumpido se comunica con todas las energías que le son subalternas y actúa ejerciendo dinámica poderosa en el conjunto armónico del Universo.

Partiendo, pues, de este concepto, ya no parecerá, ni absurdo, ni maravillosamente sobrenatural, el que algunas veces coincidan los grandes cataclismos, las inundaciones, los terremotos y las epidemias, con las grandes conmociones morales de la humanidad.

Cuando el elemento humano se agita en conmoción titánica para conquistar su progreso; cuando pugna en denonada lucha por romper sus cadenas y por extinguir las tinieblas de odiosa superstición, en lo invisible se efectúa una dinámica gigantesca que, en vibraciones impetuosas, se propaga hasta las energías subalternas, las cuales se conmueven manifestando su agitación en el mundo tangible, tornándose la energía vibratoria, en energía sensible, que se muestra en el huracán, en el terremoto, en la epidemia.

El organismo humano refleja las conmociones del espíritu por su lívido semblante, por sus apoplegias y por sus convulsiones epilépticas: los elementos sub-humanos también tienen su lividez, sus apoplegias y sus convulsiones epileptiformes.

Habiendo llegado á este término en el desarrollo de mi análisis, podemos volver al punto de partida en que hablé de los seres que manifiestan exuberante energía intelectual, destacándose enhiestos sobre los demás tipos de su especie, pues así podremos llegar á la conclusión fundamental del punto que aquí me propongo tratar y es el relativo al *gobierno providencial del mundo*.

Cual primero fué Copérnico descubriendo el movi-